

Reportaje fotográfico del cáncer de mama

Por Claudia Maccioni, Barcelona.

Febrero 2009

Me llamo Claudia, tengo 28 años, vivo en Barcelona, soy fotógrafa y disfruto muchísimo viendo la vida a través de la cámara. Hace un año me diagnosticaron un cáncer de mama. Me fui a hacer una ecografía de mama porque tenía un bulto en un pecho. No era una novedad y como todos lo que había tenido eran fibroadenomas –los tumores benignos más comunes entre mujeres jóvenes-, fui muy tranquila. Sin embargo, lo primero que me dijo el ecógrafo fue que aquello tenía mala pinta. Sonia, mi ginecóloga, no me pudo avanzar nada; sólo me citó para el día siguiente y me comentó: “tiene una forma sospechosa, mejor mañana no vengas sola”.

Esa noche ni Stefan ni yo pudimos pegar ojo, y el día siguiente se nos hizo interminable. Una vez en la consulta



todo fue muy raro, la doctora dijo que el resultado de la biopsia era “positivo” y empezó a hablar de tratamientos, pruebas, operaciones...Era como si estuviera en una película, como si todo aquello no me lo estuviera diciendo a mí.

No me atreví a mirar a Stefan, sabía que si lo hacía me pondría a llorar.

En la sala había mucha gente, me preguntaban si lo entendía, si tenía dudas, pero yo lo único que quería era salir de allí.

Cuando llegamos a casa llamé a mis padres y les pedí que vinieran. Quería contárselo enseguida, me sentía fuerte y sabía que todo depende de cómo transmitas la noticia, lo importante es ser positivo.

Mis padres me vieron animada, con ganas de curarme y reaccionaron tal y como yo necesitaba.

También hablé con mi hermana, Bianca, que tiene 30 años y es mi mejor amiga. Mientras le explicaba, la notaba muy triste. Me dijo que me quería ver y vino un rato a casa. Con ella sobran las palabras, nos entendemos con sólo mirarnos. Cuando se marchó, me dejó en el buzón una nota escrita en una servilleta de papel dándome ánimos: ¡Eres la mejor! ¡Te quiero mucho! Un beso, Bi.



Ese mismo día decidí que quería hacer fotos de todo lo que me iba a pasar a partir de ese momento.

Al día siguiente fui a trabajar, me sentía superfuerte, capaz de todo. Quería seguir haciendo vida normal, pero allí exploté...Le dije a mi jefa que quería hablar con ella, fuimos a una salita y al cerrar la puerta rompí a llorar desconsoladamente. Ella me dijo que me fuera a casa y que no me preocupara por nada.

Stefan me vino a recoger y nos fuimos a una clínica de Barcelona, a ver a Chus, la psicóloga de atención al paciente que me iba a atender y que ya me había programado infinidad de pruebas. Nos pusimos manos a la obra.

Al mediodía mis padres dijeron que querían hablar con nosotros, no habían ido a trabajar y los pobres tenían mala cara. Se habían informado y querían una segunda opinión. Al principio no les quise escuchar, me sentía a gusto con mis médicos y no quería cambios, era lo último que necesitaba, pero finalmente accedí a visitar a otro médico, el doctor Baselga, con la condición de que yo tendría la última palabra.

Esa misma tarde vinieron a casa, un poco asustadas, mis mejores amigas, Marta y María. Sabían que pasaba algo. Les



expliqué muy delicadamente lo que me ocurría y, como son fantásticas, acabamos yéndonos a cenar las tres. Fue una noche muy bonita.

Volví a trabajar al día siguiente, estaba tranquila, serena, y llena de fuerza, me sentía arropada por mi gente.

Marzo

Llegó la visita a Baselga y, finalmente, decidimos entre todos que me trataría en el Hospital Quirón. Me costó aceptarlo. Parece una tontería, pero en esos momentos un cambio se te hace una montaña y todo se puede derrumbar en un instante. Desde un principio me dejaron claro que con la quimioterapia el pelo se me caería completamente, y esta idea me empezó agobiar; sabía que era lo menos importante, pero me preocupaba. Me concertaron una visita con una empresa que se dedica a hacer pelucas y encargué una.

Llegó la primera quimio...Lo que más asusta es la falta de certeza, el no saber qué va a pasar, qué vas a sentir...Tenía ganas de quitármelo de encima y ver de una vez por todas a qué me tendría que enfrentar los meses siguientes.



Fui con Stefan y con mis padres: éramos un equipo.

Cuando salimos nos fuimos a comer los cuatro. Ya por la tarde empecé a sentirme un poco mal, cansada, con vómitos...Las cuatro primeras quimios fueron muy duras, me quedaba destrozada, sin ganas de hacer nada, con muchas nauseas y un sabor metálico en la boca...Se hacía muy difícil seguir animada. Mi estado anímico empezó a ser como una montaña rusa, pasaba de 0 a 100 en nada. Cuando me empezaba a encontrar bien me convertía en otra persona, estaba eufórica y no paraba de hacer cosas.

El reportaje fotográfico que empecé a hacerme a mí misma me costó muchísimo, no sabía cómo enfocararlo, no estaba acostumbrada a ser yo la protagonista de mis disparos. Tuve que inventar mil técnicas para ser siempre yo la que decidiera qué tipo de foto quería realizar, a pesar de no ser siempre la que apretara el botón.

Abril

A los 15 días de la primera quimio empecé a perder el pelo, así que decidí rapármelo; Stefan y Bianca estuvieron conmigo, y no paramos de reírnos. Ese día fui a reco-



ger la peluca, pero no me sentí nada cómoda con ella. Era igual que mi pelo, sólo le añadieron flequillo para que no se viera donde empezaba. Me sentí rara, me dio la sensación de ir de incógnito, como si escondiera algo. Decidí usar pañuelo, me sentía cómoda con mi nueva imagen.

Mis sobrinos son la bomba. Cuando Liam, de cuatro años, me vio sin pañuelo, fue corriendo a su madre y le dijo: “!mami, Claudia se ha cortado el pelo!!”, nos dio un ataque de risa. Su hermana Sandra, de 6 años, me dijo: “estás más guapa sin pañuelo”, después de eso, ¡me fui a casa con una sonrisa infinita!!

Mayo

El tumor empezó a reducir enseguida, y eso me llenó de fuerzas. Cada visita al doctor era más positiva que la anterior.

En general, seguía muy animada pero había días difíciles en los que me levantaba y me veía fea y gorda; sólo elegir la ropa me suponía una tortura. Por suerte no eran mayoría.



Decidí cogerme la baja, no podía con todo. Lo más importante era mi salud y quise tomármelo muy en serio, ser la mejor paciente y seguir a rajatabla todas las indicaciones que de los médicos.

Junio

El tiempo fue pasando y empecé con las quimios semanales. Las toleré mucho mejor desde el principio, era pesado ir todas las semanas, pero lo más importante fue olvidarme de las náuseas. ¡Un alivio!

Suena a tópico, pero de todo se aprende. Evidentemente, nadie quiere estar enfermo y no se lo deseo a NADIE, pero cuando te toca, tu escala de valores da un giro y empiezas a priorizar, a valorar lo que tienes y a disfrutar de las pequeñas cosas. No hay que esperar a vivir después del cáncer, hay que aprender a vivir y disfrutar de cada momento. Yo he aprendido mucho a conocerme, a conocer mi cuerpo, a escucharme.

Me siento muy afortunada por la gente que me rodea, mi pareja, mi familia y mis amigos, que me han apoyado de una forma increíble. Me he sentido muy querida, he recibido mensajes, correos electrónicos, llamadas de gente con la que hacía mucho tiempo que no tenía ningún contacto. No he parado de recibir muestras de cariño y muchos, muchos ánimos.



Julio

Llegó el verano y, con el sofocante calor, se hace todo más duro. Ya llevaba muchos meses de tratamiento, estaba contenta porque quedaba poco, pero a la vez, la espera era más dura. Me costaba sentirme cómoda con mi cuerpo, me había hinchado bastante. Desde que cambié de quimio, el pelo me había empezado a crecer, aunque muy fino y débil, sin embargo las cejas, que habían aguantado hasta entonces, se me clarearon muchísimo...

No hay que sobreinformarse y hay que tener cuidado con las fuentes. Lo mejor es apuntar las dudas y preguntar al equipo médico, te ahorras muchos disgustos. Yo, al principio, empecé a buscar información en Internet, pero me asusté mucho con todo lo que leía y decidí no buscar más, porque cada caso es distinto.

Stefan siempre se lleva la peor parte...Es el único que me ve en mis peores momentos. Me hago la fuerte con todos los demás; si no me siento bien prefiero quedarme en casa. Así que sólo él me ve triste, me ve llorar, y sólo a él le cuento mis miedos. Es muy fuerte y siempre consigue animarme.

Agosto

Al fin me dieron la fecha de la operación: el 28 de septiembre. La cirujana me explicó exactamente en qué consistiría.



Y la última quimio llegó. Estaba tan contenta que no me lo podía creer, compré bombones para las enfermeras, son fantásticas, atentas y cariñosas; les estoy muy agradecida. Quise ir con Stefan y nadie más. Y decidí ir sin pañuelo.

Septiembre

Las semanas anteriores a la operación se me hicieron un poco largas, tenía ganas de que llegase el día, pero decidí disfrutar y no pensar en eso. Mi cuerpo fue cambiando poco a poco, cada vez tenía más pelo, y las cejas también empezaron a crecer. Los sabores en la boca desaparecieron, y fui dejando la medicación.

La semana anterior a la intervención fue un poco dura. Stefan se fue de viaje por trabajo y yo me resfrié bastante, así que decidí quedarme en casa y cuidarme para no tener que retrasar nada. Me aburrí mucho y tuve demasiado tiempo para pensar... La mañana antes me sentí supersensible y lloré bastante. Stefan, como siempre, consiguió calmarme, y después me quedé tan relajada que me duró hasta el día siguiente.

El 28 de septiembre fue un día largo. Stefan y yo fuimos al hospital, aunque enseguida llegaron mis padres y mi hermana. Me operaban a las cuatro de la tarde. Cuando entré al



quirófano ya estaban los médicos preparados y, por suerte, a pesar de los trajes de quirófano, reconocí enseguida varias caras amigas: Begoña, la enfermera, la Dra. Rubio, y el médico que me había hecho unas pruebas esa misma mañana. Enseguida me durmieron.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor para ir a planta, vi a mi tía Mome, que me dijo que todo había ido perfecto; también estaban mis padres, Bianca, Stefan y mi tía Luli, todos con una sonrisa infinita; parecía la recta final de un maratón, todos en el pasillo esperando mi llegada.

Esa noche no pude dormir demasiado bien, y al día siguiente estuve un poco cansada, pero hacia las ocho horas de la tarde del martes 29 me dieron el alta. Llegar a casa fue un alivio.

Esa semana mis padres vinieron todos los días a casa para cuidarme. No sé quién lo necesitaba más, si ellos o yo.

Octubre

El día de los resultados llegó, estábamos todos muy nerviosos, y la verdad es que nadie se esperaba lo que pasó...Lo primero que nos dijeron fue que no había que volver a operar, que todo había salido bien, pero la sorpre-



sa fue cuando nos explicaron que el tumor no era el tipo que se diagnosticó en un principio y, en el cambio, salimos ganando: ahora sí podría tomar unas pastillas que son muy efectivas para prevenir la reaparición del cáncer (al principio, pensaban que mi tumor no reaccionaba a esta medicación). Salimos de la consulta un poco desorientados, pero contentos.

Por suerte no he perdido el pecho, sólo me tuvieron que quitar el tumor. Me dejaron una cicatriz en él y otra en la axila. Me vi la del pecho por primera vez, era fina y un poco larga. Espero que verla me sirva para recordar siempre lo que he aprendido del cáncer, que no se me olvide lo que de verdad importa.

Noviembre

Después de los nervios y las buenas noticias ya sólo me quedaba la última fase, la radioterapia, aproximadamente un mes y medio de sesiones diarias.

Diciembre

Sin darme cuenta llegó la última sesión. De repente me sentí deshinchada, como aliviada y a la vez muy emocionada, esos



días lloré mucho, no sabía muy bien si era de felicidad o de nervios contenidos.

Ahora tengo ganas de celebrarlo, me gustaría poder devolver el cariño que he recibido de todo el mundo. Esta experiencia tan dura me ha hecho más fuerte y muy feliz, me siento afortunada de haber vivido esta experiencia tan dura de una forma tan serena.

El reportaje fotográfico se encuentra disponible en:

www.claudiamaccioni.com

